

PROBLEMAS DE LA HISTORIOGRAFIA

ERNST TROELTSCH ¹

Los profundos cambios que han alterado tan radicalmente la situación general del pensamiento religioso, y la práctica ética de los tiempos modernos, han hecho su aparición en diversas esferas y han asaltado las concepciones cristianas en todos sus aspectos y problemas. Para principiar: hay una moderna concepción de la naturaleza que incluida en el método mecánico-matemático ha disuelto la teología metafísica de Aristóteles y demolido la cosmología hebraica. Hay también una moderna concepción de la historia que ha alterado nuestra actitud general hacia el pasado y el futuro, y para la cual el presente es un "link", cadena de relación en la total concatenación de las cosas. Tercero, hay una nueva ética de la Humanidad, que, aparte de las virtudes de amor a Dios y al prójimo, ha acentuado las excelencias intrínsecas de la cultura artística y científica como peculiares e indispensables ideales, y ha reconocido también los imperativos éticos envueltos en la política, en lo social, lo económico e industrial.

Hay también, finalmente, nuevas condiciones en la vida social, en sus aspectos económicos e industriales y el modo sociológico de mirar que se desprende de ellos, contrasta

con las meras y abstractas especulaciones e insiste en la novedad de la situación del mundo. Los tres primeros movimientos derivan del Renacimiento, del cual es un producto la "Ilustración", y por la influencia del siglo XIX, han llegado a ser una fuerza espiritual.

El desarrollo, función y resultados de la historiografía moderna.—En historia, como en la ciencia natural, el pensamiento sistemático es el producto de un estado relativamente elevado de civilización. El hombre primitivo se contentó con los recuerdos de su familia, tribu y raza. Así como todas las cosas desconocidas se mezclan en su mente con la religión y la mitología, así sus ideas sobre los comienzos y la primitiva historia de las cosas, están unidas con la religión cosmogónica, los mitos de los lugares santos, y las leyendas de sus diosas tribales. En este dominio, el primitivo vaga en el campo de lo extraordinario y lo fantástico.

Como los orígenes de su historia se encuentran en las tradiciones religiosas, los mitos, leyendas y narraciones, están embebidas en un vago romanticismo. En este estadio no hay ni la más leve traza de un deseo de conocimiento real o espíritu crítico. Y no sólo le falta al hombre primitivo el sentido de la continuidad o el criticismo sino que se considera el mismo como algo aparte y absoluto. Sus orígenes, su modo de vida, y su moralidad le parecen lo único verdadero, las formas primordiales, en comparación con las cuales todo extranjero es bárbaro e inferior. Los lazos de la costumbre y de la moralidad valen sólo para su círculo. No tiene idea alguna de la unidad humana y de la concatenación de los hechos. Las eras cronológicas que emplea son sencillamente fábulas, a veces idílicamente cortas o fabulosamente largas. El sólo pueblo de la antigüedad que conscientemente pasó más allá del estadio de las leyendas populares o de la tradición de los sacerdotes y los anales reales fué el de los griegos.

Sólo entre los griegos el viajero, el investi-

¹ Ernst Troeltsch (1865-1923), teólogo e historiador, catedrático en Gottingen, Bonn y Berlín, es, sin duda, una de las personalidades más atrayentes de la filosofía alemana contemporánea. En su obra cumbre, *El Historicismo y sus problemas*, cuya edición ha acometido el Instituto Histórico Cultural de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, traza un riguroso cuadro del proceso de desarrollo de la ciencia historiográfica. En su pensamiento pueden escucharse las resonancias intelectuales de Dilthey y Max Weber; quizo conciliar la dialéctica hegeliana, con la doctrina ética de la compenetración de lo individual y lo universal. La muerte lo encontró antes que hubiera podido dar fin a su cometido que alcanzó a bosquejar en sus conferencias, *El Historicismo y su superación*, en que expuso sus doctrinas sobre la valorización moral de la conciencia del individuo como elemento básico de la historia.

El presente artículo es el aporte de Troeltsch a la famosa Enciclopedia de Ciencias Morales, admirable resumen de sus inquietudes historiográficas, y que traducimos como aporte a la obra de divulgación de *Clio*, revista que hace ya muchos años contribuimos a fundar.

gador independiente de la tradición de los templos y de los archivos de los príncipes, impelido tan sólo por la sed de conocimiento. Empezó a investigar y pensar históricamente. En Grecia, Heródoto, Tucídides y Polibio, en parte por el resultado de su contacto con el mundo no helénico, parte para dilucidar los asuntos de su propio pueblo, y, finalmente, impelidos por su predilección a la generalización filosófica de la sabiduría, echaron los cimientos de la historia como la explicación de los hechos públicos, por causas materiales o psicológicas, y en particular pensados como una concatenación razonada de los acontecimientos que ocurrirían en la arena europeo-asiática.

Pocos de estos escritores clásicos tomaron en cuenta las analogías y las uniformidades, con el fin de alcanzar concepciones históricas generales en la idea de una civilización helénica, y después en el estado cosmopolita organizado por el Imperio Romano.

Estas manifestaciones tempranas de la reflexión historia, fueron extinguidas, sin embargo, por el Cristianismo y su gran revolución religiosa. En verdad, el cristianismo mismo operaba con concepciones históricas universales en su aplicación y la concepción de Estado civilizado, es substituído por la concepción central de la humanidad y el supremo fin ético y religioso de la raza. Esto dió nuevos y profundos incentivos a la reflexión. En realidad, sirvieron para producir no un renacimiento, científico, sino una vuelta a las representaciones mitológicas de la historia. La concepción de la humanidad de los primitivos escritores cristianos era estrecha en extremo en lo relativo al tiempo y al espacio y se enredó en conceptuales prejuicios. La historia de la raza humana estaba saturada de mitología. El interés se concentró en lo inexplicable y el deseo de explicar fué considerado como el signo de la mente profana.

Los mitos paganos y los bíblicos sobre el origen de las cosas fueron combinados; el Paraíso con la Edad Dorada; la Expulsión del Paraíso con el lapso espiritual entre las Eda-

des de la Plata y del Hierro, y los himnos mesiánicos de los profetas con las églogas de Virgilio, los milagros de Elías, los santos y los mártires con Herácles y Orfeo. También el advenimiento de Cristo con la conflagración universal de los estoicos. La historia fué dividida en tres partes: Un período corto y sobrenatural, en que la profecía y el milagro preparaban el camino al Dios-Hombre. Segundo, una época intermediaria en que el Dios-Hombre mismo aparecía en el mundo servible dejando tras de sí a la Iglesia, como una institución divina. El período más largo era el secular, en que, a pesar de estar controlado por Satán, mostraba la intervención redentora de Dios.

La mitología de la redención asimilada a las tradiciones místicas de los antiguos toma, así, el lugar de la reflexión histórica. El esquema de los cuatro reinos de Daniel fué construído por San Jerónimo y dura hasta el siglo XVIII. La historia medioeval toma sus esquemas de esta teoría, combinándola con la historia de los santos. Las frescas narraciones de hechos o los áridos anales ocasionales, no producen modificación. Fué, en realidad, durante el Humanismo y la reforma en que primero se volvió a las tradiciones de la historiografía antigua y se echaron las bases de la historiografía moderna. La escuela de Bruni fué influenciada por el estilo de la retórica antigua; Blondus mostró eficiencia en la transcripción de documentos y Maquiavelo y Guicciardini trataron de explicar los acontecimientos por causas materiales y psicológicas. Donde la cultura del Renacimiento toma auge, nace también la historia moderna escrita en su mayor parte por obra del concepto de Estado. El proceso se repitió en la historiografía de la Ilustración, en la escuela de Voltaire, en manos de Gibbon, de Hume, Robertson, que hace surgir un tipo de historia que pone énfasis en la libertad, es una erudicción emancipada, que extendió sus operaciones al compás de la historia humana y a sus varios factores civilizadores y que en su búsqueda de causas sobrepasó el método de los antiguos y del Renacimiento. En el siglo

XIX nace la crítica filológica, la idea de la evolución orgánica, el nuevo análisis del Estado, la historiografía prehistórica, los estudios económicos, literarios, tomando ellos plaza al lado de los restringidos conceptos de historia política, y, finalmente, la expansión de Europa, le dió carácter universal.

Este vasto material de hechos, ideas, juicios, etc., ha complicado el sujeto de la historiografía; ha hecho más delicado su procedimiento inquisitorio y ha ensanchado y, al mismo tiempo, desintegrado el curso de la causalidad.

De todo ello, ha emergido un inmenso material. El resultado no es una masa de problemas ya resueltos, sino el desarrollo de la moderna reflexión, que no es en resumen, sino una actitud científica frente a los hechos. La historia de la humanidad emerge de la historia de la tierra, toma vuelo en la vida primitiva de los pueblos, está determinada por las leyes de las condiciones geográficas y por las varias fases de la vida social, formando un complejo inexplicable, un total de inmensa duración en el tiempo y en el espacio. Es en relación con este sistema, como parte del conjunto, que debemos ver y estimar nuestra propia existencia y darle racionalidad. Por la analogía con los acontecimientos conocidos para nosotros, tratamos de explicar el pasado.

Desde este punto de partida avanzamos en la crítica de la tradición y en la corrección de las representaciones históricas generales aceptadas. Al contemplar el mismo proceso de fenómenos en el pasado y en el presente, los varios Ciclos de la historia humana, unidos e intersectados, adquirimos, al fin, la idea de una continuidad integral, balanceada en sus cambios, nunca en reposo y siempre moviéndose hacia fines incalculables. La explicación causal de todo lo que acontece en extremos de la vida individual en sus verdaderas relaciones; la interpretación de los acontecimientos en su complicada interacción, la fijación de la humanidad en un sistema cerrado, de cambios incesantes, constituyen la función esencial y el resultado de la reflexión histórica moderna. La nueva concepción forma un modo científico de re-

presentación del hombre y de su desarrollo, y muestra en todos sus puntos un contraste absoluto con los puntos de vista teológicos de los antiguos.

EL CARÁCTER PURAMENTE CIENTÍFICO DE LA HISTORIOGRAFÍA

La reflexión histórica moderna, precisamente, revela lo que se ha venido diciendo, pues presenta una multitud de problemas difíciles. Estos se refieren, en parte, al significado de tales perspectivas para nuestra concepción de la verdad ideal y para la teoría del universo, en general, y, en parte, a la cuestión de encarar la historia de una manera científica.

Esto último es un problema más restringido y lo analizamos a continuación.

Es también el único problema ligado directamente con la reflexión histórica. Aquí es necesario subrayar un argumento, un principio particular: Tan pronto como la reflexión histórica quiere ser científica, su elemento teórico, o su elemento científico debe ser puestos en realce y previamente definido; pues, aparte de la actitud científica hacia los hechos históricos, hay numerosas otras actitudes que pueden distinguirse, pero que sólo raras veces se separan en un grado apreciable.

Por ejemplo, hay la actitud estética frente a la historia, que se concreta en el vasto reino del incidente, de la acción sugestiva y del encanto romántico, de lo individual o lo que concierne a una construcción artísticamente rítmica del curso de los hechos. Esta búsqueda de lo interesante, lo asombroso, es simple curiosidad.

Otros ven en la historia la fuerza de valores éticos en las acciones humanas y derivan de la historia una idea que se revela en todas partes como una acción moral. Otros ven en la historia un manual de política y un medio de educación nacional y de la opinión pública; una educación que no se puede adquirir por medio de doctrinas abstractas, sino por los resultados de observaciones tomadas en el desarrollo del proceso histórico concreto.

Algunos buscan en la historia la base de los principios sociológicos y económicos, y creen que sólo se puede alcanzar por abstracción de varios desarrollos particulares la base de nuestras concepciones y organización de la sociedad.

Finalmente, la historia sirve a algunos como escuela de escepticismo en la medida en que se operen opiniones divergentes, y la crítica de ellas es dudosa, y la tradición no es uniforme y, por tanto, la historia nos ofrece poca información real, lo que significa una limitación de nuestro conocimiento.

Todas estas actitudes hacia los hechos de la historia sólo son válidas en su respectivo lugar y la idea de excluirlas o evitarlas es falsa.

Sin embargo, todas ellas están fuera de la esfera del conocimiento puramente teórico y, por lo tanto, del juicio y del avalúo ético.

Tan pronto que nos damos cuenta que los estudios históricos se relacionan con intereses teóricos y científicos, los otros intereses adquieren importancia menor y deben ser, por lo tanto, excluidos. Debemos considerar que si las obras históricas descriptivas se escribirán eruditamente, les faltaría interés y encanto, y la impresión destinada a producir sólo surge de la combinación de lo puramente histórico, con los motivos e incentivos que podemos derivar de su relato. Las obras de este tipo son necesariamente una mezcla, y deben estudiarse partiendo de esa idea; combinan el interés de primer grado —el del conocimiento estrictamente histórico— con los intereses de segundo grado, los que se relacionan con el significado de este conocimiento para los efectos y las acciones humanas. Dichas obras no son puramente científicas y el conocimiento histórico debe sacarse de ellas por vía de eliminación.

¿Qué es, entonces, lo que constituye lo esencial, el elemento del puro conocimiento histórico? La respuesta da origen a la siguiente discusión:

La historia como ciencia exclusivamente teórica difiere de la historia como un elemento de las bellas letras, de la política, economía, etc. En la historia, como en las demás disci-

plinas, el conocimiento puramente teórico es sabiduría basada en concepciones generales, y esto significa, primariamente, conocimiento derivado de concepciones causales.

La única tarea del historiador en su aspecto teórico es explicar cada movimiento, proceso o estadio, y el nexo de los hechos con referencia a la unidad, trama o lazo de sus relaciones causales.

Es, en una palabra, la función total de la investigación científica.

Lo que hay que explicar puede muy bien llegar a ser el núcleo de interés que reposa en la esfera de la ciencia teórica y el tratamiento o resultado puede unir los dos aspectos tan estrechamente, como se desea.

Sólo en un punto determinado este proceso encuentra dificultades. El historiador se puede preguntar, en vista de la peculiar naturaleza de la causación, causalidad o motivación, si el criterio necesario para determinar y apreciar los hechos debe ser el de la experiencia y el juicio personal.

Este discernimiento está siempre atado a juicios objetivos o algo que se le aproxime. Por ejemplo, únicamente los que sienten que ciertas ideas éticas, políticas o artísticas puedan existir, podrán buscarlas y descubrirlas como resortes de acción; mientras que aquellos que las miran con indiferencia, no están capacitados para reconocerlas como motivos de acción, pues el sentido de las causas no está en la superficie, sino que ellas son traídas a la superficie del conocimiento por la imaginación.

Esto no es un error. No subvierte nuestro principio fundamental, pues las causas que hay que descubrir en la esfera de los estudios históricos, son advertidas como hechos solamente, y no como un terreno para críticas y correcciones. El conocimiento del poder de las causas está unido, sin duda alguna, con los juicios personales.

Lo que puede ser debe separarse siempre de lo que realmente es. En la práctica, la investigación histórica está unida a esta actitud y su ejercicio depende así de las condiciones de profundidad y rango personal de los in-

vestigadores mismos. Pero, en verdad, el pensamiento estrictamente científico es muy otro.

LA NATURALEZA DE LA CAUSALIDAD HISTÓRICA

Este aserto nos lleva a nuestro problema relativo a la naturaleza de la causalidad histórica. Aquí nos encontramos en la esfera de la lógica o epistemología de la historia. De las varias provincias del conocimiento es la más imperfectamente dilucidada. La escuela aristotélica que dominó la Edad Media no encontró ningún problema en ello. Miró el proceso de la naturaleza y de la historia como esencialmente idénticos, y aplicó en ambas esferas una concepción metafísico-teológica de desarrollo, y no advirtió la moderna concepción de causalidad immanente en la experiencia.

Esta última concepción fué expuesta por la ciencia natural, y la filosofía científica pero hecha en forma que se adaptaba tan sólo al dominio de la naturaleza. Hasta los tiempos de Hegel y de Herder, la filosofía moderna no tomó en consideración la historia y la entregó a los historiadores, literatos y teólogos, o bien hizo entrar la historia dentro de la concepción casual, que no era en último término sino la ciencia natural generalizada.

Descartes rindió la historia a la teología y a la revelación. Hobbes y Espinoza la tratan de manera naturalista. La visión naturalista sobrevivió en el caso de Hume y Kant, a pesar de lo diferente de sus concepciones de la causalidad. Este es el caso de los sucesores de Hume, los adherentes a la escuela positivista de Comte, unida a los nombres de Taine y de Buckle.

Dentro de la escuela kantiana, en su desarrollo hacia la panlógica de Hegel, el conocimiento y la etiología de la naturaleza fueron, por otra parte sometidos a una extrema violencia por el pensamiento histórico, hasta que se llegó a la aplicación del movimiento dialéctico, ley para el proceso cósmico y de los asuntos humanos. Pero esto era una violación del pensamiento histórico mismo que con la aplicación de estos procedimientos ganaba sólo un sentido más fino

del orden y de la continuidad, pero no aclaraba la comprensión de sus concepciones fundamentales.

Fué con el retorno a la doctrina kantiana del conocimiento y, gracias a la emancipación de la psicología, que la tarea de encontrar una lógica de las ciencias histórica, en contraste con la lógica de las ciencias naturales, llegó a ser reconocida. Wundt, Dilthey, Windelband, Rickert fueron los pioneros de este nuevo y poderoso método de investigación. El hecho primario fué el reconocimiento de la diferencia entre la causalidad de las ciencias naturales y de las ciencias del espíritu. La causalidad de la ciencia natural implica la absoluta necesidad, el principio que todos los acontecimientos están unidos por una invariable y penetrante e idéntica ley de reciprocidad.

Los científicos demostraron estas leyes por experimentos artificiales y sometiendo los procesos naturales a mediciones cuantitativas.

Estos métodos encontraron su alta expresión en el establecimiento de la perfecta equivalencia entre la cantidad de energía que desaparecía entre la primera forma de un hecho y la que reaparece en la segunda. Así la ciencia reduce los hechos a meras manifestaciones de energía. Ahora bien, la causalidad histórica es algo muy diferente, pues es sólo una cuestión de motivación psicológica. En la esfera de la historia todo pasa a través de la conciencia, y en última instancia todo se encamina hacia la constante interacción de los esfuerzos conscientes, en los cuales hasta los datos inconscientes tratan de resolverse. Así la peculiar irracionalidad e iniciativa de la conciencia individual hace caer en esta esfera tanto la vida individual como la vida de los grupos.

En ellos no es posible reducir los hechos a fuerzas no cualitativas, o explicar sus efectos por equivalencia causal. También tenemos que tomar en cuenta la infinita complejidad de motivos que vienen de todas partes, y que actúan unos sobre otros y que desafían todo cálculo o prueba experimental. Además, todo lo que ocurre en la vida individual y en los grupos, está tan afectado por la condición

psíquica general del individuo y del grupo, que ello introduce un nuevo elemento incalculable. En el proceso histórico siempre emerge el hecho de lo nuevo, que no es una mera transformación de las fuerzas existentes, sino un elemento de contenido fresco, debido a una convergencia de causas históricas. Por esto la motivación psicológica, difiere profundamente de la causalidad natural.

Podría derivarse que el carácter peculiar de la etiología histórica pueda ser interpretada por medio de la psicología como proponen Dilthey y Wundt. Pero en ciertas áreas esto es imposible. Los estudios históricos no trabajan sólo con motivaciones psicológicas, sino que a menudo recurren a las causaciones naturales. Limitaciones climáticas, períodos glaciales, hambres, inviernos crudos, regiones inhabitables, etc., juegan un gran papel en la historia. La destrucción del ejército de Napoleón en Rusia fué debido sólo en parte a los efectos psicológicos del frío, y aún en casos que efectos geográficos y condiciones fisiológicas producen resultados psíquicos, tenemos un proceso diferente de las motivaciones puramente psicológicas. Más aún, la psicología no puede ofrecer ningún cálculo anticipado de los acontecimientos y desarrollos. Si esto fuera posible se podría decir, que los actos de la historia eran conocidos previamente y de allí traídos al alma. Este es el caso especial de la llamada psicología de los pueblos, que es simplemente la transcripción de la historia en términos de psicología, pero que no explica la historia por la psicología.

En este ejemplo, los factores son anteriores a la psicología, y sería más adecuado decir que la historia ayuda a la psicología en vez de lo contrario. La naturaleza peculiar de la causalidad ayuda a comprender la naturaleza sui géneris del conocimiento histórico, pero, no puede dar una base definitiva para ello. Esta base no puede tampoco encontrarse en el sujeto, sólo puede derivarse del método. El método no está determinado por el actor mismo sino por el fin epistemológico en vista, porque la sabiduría, o conocimiento no es una mera reproducción de la experiencia, sino una selección abstracta de elementos par-

ticulares de la experiencia, reunidos con un determinado fin intelectual.

De aquí se deriva que el método de la ciencia natural está determinado por el interés de seleccionar los aspectos de la experiencia, en que se manifieste él mismo como absolutamente determinado por las leyes universales, lo que elimina todo lo que es cualitativo e individual.

El método de la ciencia histórica, por otra parte, está determinado por el objeto de seleccionar del flujo de los fenómenos, lo que es cualitativo y únicamente individual, en grande o pequeña escala, y hacerlo inteligible en sus relaciones concretas y específicas. Esta también hace abstracción de las leyes universales que pueden regular el hecho pero que fallan al explicar los elementos peculiares concretos, y opera así, no con la concepción de equivalencia causal, sino con las causas individuales, que por su infinita complejidad producen algo único.

Así el método de la historia con su determinación lógica por un fin intelectual determinado, es tan válido en su campo como el de la ciencia de la naturaleza.

El proceso del mundo físico exige en alto grado el primer tipo de explicación las leyes universales y el mundo psíquico, requiere el segundo, la causalidad individual.

El mundo físico nos invita a comprenderlo por la deducción de leyes generales, el mundo psíquico por una reconstrucción simpática de las conexiones en las cuales, los hechos de la historia objetiva han tomado su fisonomía. La verdadera naturaleza de la historia aparece aquí. El conocimiento histórico selecciona el material como quiere: historia nacional, un estadio de civilización, una biografía, un desarrollo intelectual, etc., y busca por medio de la causalidad individual inherente a la historia, hacerla lo más inteligible posible, como si fueran parte de su propia experiencia. Aún la historia de la humanidad cuando está a nuestro alcance comprenderla, debe ser un tema escogido, libre e individual de un sujeto concreto, de otra manera sólo podrá comprenderse como una concatenación particular, y en ningún sentido como

una instancia de la operación de leyes universales. Sólo estas explicaciones causales, basadas, en una experiencia, la más amplia posible, y la aplicación metódica de la experiencia constituyen el carácter propio de la historia como ciencia puramente teórica.

Precisamente, a causa de ésto, el pensamiento histórico muestra ser pensamiento conceptual, a pesar de que sus bases son otras que las de la ciencia natural. La aplicación universal de la categoría de causalidad, en la forma de causalidad individual, somete los hechos a una forma conceptual y uniforme de tratamiento. A pesar que los diversos sujetos aislados de investigación que deben ser explicados causalmente por este método son unidades conceptuales, no tenemos aún nombre lógico para designar estos complejos o agregados históricos. Son por ejemplo, una vida humana, una nación, un estadio político, el espíritu de una edad, una situación económica dada, un estilo de arte, etc. Estos temas son seleccionados libremente y uno tras otro por el investigador y pueden ser combinados hasta que el más alto concepto histórico, el de totalidad, la humanidad misma es alcanzado. La concepción de la humanidad como un todo, justamente por que es expresión universal y no puede contener algo aislado, sólo simultáneamente y abarcando la vista panorámica no puede ser sino una sombra incompleta de la imaginación.

Ahora bien, como estas totalidades son procesos y categorías internas y coherentes de fenómenos emerge un tercer principio de la reflexión histórica. El principio del desarrollo. Esta concepción debe tomarse en su sentido histórico empírico y no debe confundirse con la idea de desarrollo de la ciencia natural o de la metafísica. La concepción científica de desarrollo significa la explicación de lo que adviene, por la adición de infinitos cambios mecánicos. Lo metafísico denota la interpretación de la realidad como la expresión de una absoluta inteligencia que se realiza ella misma. En contradicción con esto la concepción histórico-empírica del movimiento denota el progreso que emerge de esencia-

les elementos, de esfuerzos psíquicos, del trabajo de las consecuencias que están latentes en los comienzos contienen el elemento dinámico de las fuerzas psíquicas que no se agotan en una sola manifestación sino que trabajan para obtener un resultado, fuerzas en las cuales existe una tendencia al desarrollo, equivalente a la evolución lógica.

Así hay desarrollo en religión, en ética, y en ideas filosóficas, tanto como en los caracteres individuales como en las formas de gobierno, etc. En cualquier parte que esta tendencia se insinúa, constituye un principio que organiza el agregado y lo mueve paulatinamente; un principio que absorbe y elabora las varias causas y les da un foco de repulsión o de atracción.

Sin embargo, este concepto de desarrollo no debe ser exagerado como ocurre en nuestros días. Porque en primer lugar no significa un progreso indefinido, sino que en cada caso particular implica un impulso concreto que controla un conjunto dado. Manifiesta el agotamiento lo mismo que el avance. Todo desarrollo progresivo trabaja también hacia la regresión, para dar lugar a fuerzas nuevas. La idea que expresamos no tiene nada que ver con la concepción del progreso ilimitado de la filosofía de la historia.

Aquí al lado del fenómeno de la continuidad debemos reconocer el de contingencia histórica, por ejemplo, la convergencia de la serie de causas mutuas e independientes. En virtud de esta contingencia, los procesos de desarrollo están mezclados, amplificados, obstruidos, y a veces completamente detenidos, a pesar que las síntesis traen fortuitamente a la superficie nuevos y fructíferos desarrollos. La vida espiritual del hombre tiene en todas partes la tendencia a unificar los elementos dados de una situación para transformarlos en nuevos estímulos para el desarrollo. A la esfera del accidente o de la contingencia pertenecen las influencias supremas del clima, atmósfera, fertilidad, situación geográfica, riqueza natural. Esta esfera abraza también condiciones fisiológicas, muertes, mezclas de raza, alimentos, etc. Al dominio de la

suerte o azar pertenecen la distribución de las cualidades individuales, talento, genio. Es cierto que estos accidentes pueden solamente ser tomados en cuenta cuando los juzgamos con referencia a la concepción de complejos históricos.

Estos factores pueden, en gran parte, caer bajo la denominación de leyes naturales.

En este sentido especial la explicación causal de los agregados históricos, constituye la función estrictamente teórica de la investigación. No es menos cierto que esta explicación causal tiene un rango restringido. Depende de la existencia de una tradición, del examen crítico de esta tradición, y de los poderes imaginativos y sintéticos del investigador. No puede la historia nunca reconstruir los objetos en su integridad, sólo puede describirlos uno tras otro, nunca en su interdependencia simultánea. Esto explica el por qué siempre la obra histórica tiene que ser nueva. El acceso al material, la crítica de los hechos, las nuevas ideas y puntos de vista, todo esto altera los principios y conduce a una revisión de los acontecimientos.

La literatura histórica nunca puede ser completa; nunca sería capaz de analizar las peculiaridades de las almas o grupos de almas o explicar ese poder de iniciativa que nosotros llamamos libertad; nunca podrá saber la última instancia de un grupo de personalidades, habrá siempre límites a la realización de fines intelectuales y siempre residuos imposibles de ser determinados racionalmente. Pero la literatura histórica no es la narración de cosas fútiles, permite al hombre comprenderse a sí mismo en la medida que la comprensión causal de sí mismo es posible o necesaria. En el fondo es sólo a base de esta comprensión causal que nuestro trabajo histórico puede ser ampliado. Las edades de ingenuo tradicionalismo, o de ingenuo racionalismo, no requieren mayor conocimiento de sí mismo, pero cuando se estrellan contra sus límites y empiezan a reflexionar históricamente, encuentran que es necesario llevarla hasta sus extremos. El hombre culto de hoy día es un hombre que pien-

sa históricamente y sólo puede construir el futuro por medios de propios conocimientos históricos.

RELACIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA CON LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

Nuestro conocimiento de la historia no está agotado con la interpretación causal. Pues por otro lado se levanta la incógnita de la relación entre el problema histórico y las fuerzas fundamentales del Universo, y por otro, el problema de la significación de este proceso para la vida y la voluntad de acción de cada período, querer que se manifiesta en los hechos de la historia, y a cada instante en las fuerzas creadoras individuales.

En lo primero englobamos la relación entre el mundo psíquico y el material, la dirección divina del Cosmos, y la distinción entre la vida puramente natural y la vida espiritual que quiere sobrepasarla.

El segundo grupo comprende las cuestiones de la lección de la historia para la voluntad constructiva y activa, el significado de la substancia de la vida, el ideal que hay que perseguir y finalmente su significación y sentido hondo. Estas cuestiones están fuera del campo histórico, son asuntos que trata la filosofía.

Pero la filosofía incluye varios de estos problemas. Las primeras manifestaciones metafísicas son fáciles de considerar aparte de la historia.

Las otras materias no son tan fácilmente separables de la historiografía. Es cierto que las delineaciones puramente históricas pueden ser concebidas como categorías empíricas, como lo hicieron Tocqueville, Fustel de Coulanges, Croceto, Meyer. Esto sin embargo, no es posible en un proceso regular, por que los lectores aspiran no sólo a un conocimiento de las causas sino a un ángulo de perspectiva desde el cual puedan ellos pasar en revista los hechos de la historia, o porque las cuestiones que se presentan no pueden ser contestadas aisladamente, sino que dentro de un cuadro completo de la historia. Hay que insistir en esto. Lo exige el hecho

que a menudo las evaluaciones e interpretaciones son contradictorias entre sí: Interpretaciones políticas, jurídicas, artísticas, religiosas, etc. Cada uno de estos puntos de vista pueden exhibir sus variantes. Este caos de juicios de valor puede ser superado agrupando las cuestiones y encontrarles respuesta en un sistema de valor integral.

La historia debe ser interpretada y evaluada en comparación con un sistema de valores que la ética debe construir. Cada agregado debe ser juzgado en la medida en que se aproxima a esta escala. Si este juicio es dictado con emoción personal o con espíritu objetivo depende del escritor, pero debe estar basado en el sistema de valores cuya validez asume. El gran obstáculo para aplicar este procedimiento yace en el hecho que la ética debe también derivar sus valores de la historia y no puede sino delimitar de una manera crítica y ajustar dichos valores. Es este un círculo vicioso, debemos juzgar la historia en la medida en que se aproxima a estos valores éticos y al mismo tiempo, debemos derivar estos valores éticos de la historia. Este círculo no permite evasión, y sólo puede ser solucionado por aquellos pensadores que firmemente creen haber encontrado las tendencias que producen los valores éticos, y que han logrado distinguir palpablemente el movimiento dinámico y el progreso del proceso histórico.

Una prueba racional de la verdad de este sistema es imposible: es sólo un punto de vista. El sistema debe ser tenido más bien como intuitivo que como subjetivo. Desde este ángulo sistemático el proceso histórico aparece como una aproximación a la completa armonía de los valores éticos. Pero de allí emerge otra consideración importante para la filosofía de la historia, el desarrollo metafísico y ético. Estos aspectos deben ser cuidadosamente distinguidos del concepto de desarrollo histórico. La concepción empírica del desarrollo histórico muestra parcialmente progresivos o regresivos desarrollos, no un avance de la humanidad hacia un final ecuménico. Ciertamente exhibe la formación de complejos éticos pero no en una síntesis uniforme, en

progreso continuo. Hegel cometió el error de reducir a esta categoría la anterior y a sí mismo basó ambos movimientos en la lógica-metafísica del absoluto. En realidad la concepción del desarrollo ético es un postulado de fe, en el sentido kantiano, postulado que se basa en la ocurrencia de la vida ética y en nuestra propia experiencia. Por consiguiente permanece cual pregunta cerrada si este género de desarrollo alcance su fin en esta vida o un progreso de las almas en otro mundo ultraterreno.

En conexión con el concepto de desarrollo debemos mencionar otro elemento, el problema de la individualización. El sistema de valores no es demostrable racionalmente por un principio abstracto. Si designamos el conjunto de valores como una idea entonces el curso de la historia es nada menos que el efectivo progreso hacia la realización del ideal. La verdad es que todas las manifestaciones espirituales, en los individuos, grupos o en los períodos históricos son individualizaciones o manifestaciones concretas de ese ideal. Este se pone de manifiesto con la historiografía descriptiva y en este caso cada fenómeno histórico tiene un carácter doble, una parte es la manifestación concreta de una idea de valor relativo en sí misma y por otra parte una aproximación al sistema de valores. A pesar todos estos obstáculos y defectos, se advierte en todas las actividades un progreso, concreto hacia determinado fin. La perfección final sería igual a la suma de las realizaciones individuales de la idea. Nos abocamos de esta manera a la antítesis entre los valores universales y los individuales, antítesis que no puede conciliarse. Esto muestra lo relativo de la filosofía de la historia, pero muestra por otra parte que lo relativo aparece incluido en el movimiento hacia lo absoluto. La literatura histórica y la descripción de los fenómenos históricos relata el carácter concreto individual de los objetos que refiere, y describe también la angustia de la vida personal, y sus clamores frente a los ideales de valor universal.